



Hay que recordar

Carlos I de Inglaterra en el momento trágico en que iba a ser decapitado, después de vencido por una revolución, condensó su espíritu en una palabra dirigida, acaso a su hijo, que luego fué rey, acaso a la posteridad: «remember», recuerda.

La Iglesia Católica en una de sus impresionantes ceremonias litúrgicas, repite anualmente el miércoles de ceniza una frase que pronuncia el sacerdote para el creyente: «memento homo», acuérdate hombre.

Y en todas las ocasiones solemnes de la vida, cuando la felicidad o el dolor penetran en el alma, nace siempre el impulso de conservar la sensación de mantener la idea, de acordarse, de recordar.

Las sensaciones son fugaces; los estados de ánimo son pasajeros.

Sólo el recuerdo producido por el esfuerzo de la memoria puede reproducir los hechos y su reflejo en el espíritu.

Celebramos hoy el segundo aniversario de la liberación de Granollers. Es imposible referirse a él sin emplear repetidamente la palabra recordar.

Si la liberación no hubiera sido más que la entrada de un ejército victorioso en una población, sería un dato para la Historia y nada más. Pero la liberación fué muchísimo más que el hecho de armas afortunado. Hay que recordar.

Tenemos que acordarnos de los diversos tributos que pagamos en la zona roja.

El tributo de sangre, en primer lugar. El más alto, el más heroico.

Recordemos a nuestros Caídos honrándolos con nuestras oraciones, admirando siempre su sacrificio. La sangre generosa y encendida, derramada a raudales en el altar de la Patria, fué el pre-

cio suficiente para su definitiva redención.

Después el tributo del dinero. Multas cuantiosas a capricho; robos llamados incautaciones y colectivizaciones; apoderamiento violento de los frutos del trabajo obtenidos durante largos años de honrados y persistentes esfuerzos. Acordémonos de que las francachelas de unos pocos, fueron la pobreza y miseria de todos los demás.

El tributo de la desorganización social, de la destrucción sistemática de todo lo que era hermoso, útil y productivo. Hay que recordar la ausencia absoluta del principio de autoridad, la pérdida del sentido de la dignidad, que nos iba embruteciendo lenta pero certeramente.

El tributo terrible de la irreligiosidad. Hay que recordar que nos suprimieron a Dios de la vida pública, y querían extirparlo de la vida familiar y privada.

Y el tributo de la persistente, de la constante, de la perpetua tristeza nacida de las mentiras con que envolvieron toda nuestra vida, que se convirtió en sombría y tenebrosa. El del hambre que pasamos; y el de las persecuciones y vejámenes de todas clases que sufrimos.

Hay que recordar las calamidades que enflaquecieron nuestros cuerpos, arruinaron nuestros patrimonios, destruyeron nuestra economía, deshicieron familias felices y hogares tranquilos...

Estos recuerdos forman un abismo al que por su horror son hoy muchos los que no quieren asomarse; pero hay que revivirlos en la imaginación, para poder recordar lo que fué nuestra liberación, lo que representó para todos nosotros.

Unas semanas, unos días, unas horas,

antes de la entrada del Ejército Nacional en Granollers, la gran mayoría de la población que no hubiera dado y ofrecido para tener la certeza de ser liberada.

En los momentos de la entrada de las tropas, en los primeros días de la liberación; cuando la ignominia total del dominio rojo aun estaba presente en el ánimo de todos, ningún sacrificio hubiera sido rehuido, ninguna colaboración negada, ningún entusiasmo regateado.

Pero el correr del tiempo ha ido relegando al olvido todo aquello que fué. Lo actual sepulta a lo pasado. Cuesta recordar que la alegría y la emoción de aquel 28 de Enero acongojó los corazones, enronqueció las gargantas, y arrancó lágrimas.

Cuesta revivir el estado de ánimo que en aquellas condiciones hacía latir los corazones y vibrar los nervios y centellear los ojos.

Y sin embargo, deberíamos lograrlo. A fuerza de recordar.

En este 28 de Enero, segundo aniversario de nuestra liberación deberíamos hundir nuestro pensamiento en todo lo pasado, cual en nuevo Jordán, y sacar nuestra inteligencia redimida de tanta flojedad actual, nuestro corazón más firme, y nuestro espíritu más y mejor dispuesto, para conmemorar aquella liberación que nos devolvió a la vida, con el propósito de ser siempre dignos del beneficio que nos proporcionó, cumpliendo todos nuestros deberes para con Dios, con la Patria y con nuestros semejantes. Y para lograrlo, hay que recordar.

J. M. MONTAGUD

Notario

Delegado comarcal de Justicia y Derecho